

UN «CORP D'ELITE» INGLÉS Y EL EMPLEO DE LAS ARMAS RAYADAS A PRINCIPIO DEL SIGLO XIX

LOS ATAQUES AL FERROL, MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

por BERNARDO N. RODRIGUEZ FARIÑA
Del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades

Es bastante común, aun en publicaciones especializadas en idioma inglés, el empleo del término «rifle» generalizado a todas las armas portátiles de apoyo en el hombro, cuando en realidad, tal término sólo debe aplicarse a aquéllas en que el ánima de su cañón contenga rayas espirales, cuyo propósito sea dar al proyectil por ellas disparado, un movimiento rotatorio. Hasta aproximadamente 1750, las armas portátiles con apoyo en el hombro, de ánima lisa, eran denominadas mosquetes, y las más ligeras, empleadas por las fuerzas montadas, mosquetón o mosquete corto. La caballería francesa empleaba un arma de fuego portátil, corta, rayada, llamada «carbine» (carabina), no produciéndose ninguna confusión en el empleo de este término. En cambio, en los comienzos del siglo XIX, el término «mosquete» se empleó, muchas veces, en forma indiscriminada, tanto para las armas de ánima rayada como para las de ánima lisa, originando la consiguiente confusión determinativa. Los ingleses, en su ejército de aquellos tiempos, al referirse a un cuerpo provisto de armas rayadas, agregaban a su denominación, el aditivo «Rifles». Este es el caso del 95° de infantería, al que nos referiremos ampliamente en este trabajo.

En realidad, ya desde aproximadamente el año 1500, se habían fabricado armas portátiles rayadas, tal como la presentada a Maximiliano I (actualmente en la colección del Sr. D. William G. Renwick) que muestra trazas definidas de rayado, pero su uso no se generalizó hasta unos tres siglos después. En Inglaterra, un matemático prominente el Ingeniero militar, Benjamín Robins, en un libro publicado en 1742, titulado *New Principles of Gunnery*, explicaba las ven-

tajas de las armas rayadas, pero fue recién a fines del siglo XVIII, que el coronel Coote Manningham y el teniente coronel Hon. William Stewart, elevaron una presentación a su Gobierno, indicando la importancia de tener cuerpos provistos de armas de precisión y las ventajas de entrenar tales cuerpos en las especiales funciones de rifleros (Riflemen). Como consecuencia de tal sugestión, en enero de 1800, el Comando en Jefe del Ejército inglés, dirigió una circular a diferentes cuerpos que muestra, ya, la intención de crear un cuerpo de rifleros como tropa «d'élite». Damos a continuación su texto, traducido:

CIRCULAR.—Guardias Montados, Enero 17 de 1800.

Dirigida o los Oficiales Comandantes del 2.º Batallón «Royals» y Regimientos 21º, 25º, 27º, 29º, 49º, 55º, 69º, 71º, 72º, 79º y 92º.

Señor: Tengo el honor de informarle de las intenciones de S. A. R. el Comandante en Jefe (Federico, Duque de York), de formar un cuerpo, con destacamentos de diferentes regimientos de línea, con el propósito de que sean instruidos en el uso del rifle y en el sistema de ejercicios adoptados por los soldados así armados. S. A. R. desea que Vd. *seleccione* del Regimiento de su mando, 2 sargentos, 2 cabos y 30 soldados para este servicio, todos los cuales deben ser los aparentemente más capaces de recibir dicha instrucción y los más competentes para cumplir los deberes de rifleros. Estos sub-oficiales y tropa no deben ser considerados como eliminados de sus regimientos, sino simplemente destacados con el propósito antes citado; continuarán formando parte de las fuerzas del mismo y serán uniformados por sus respectivos Coroneles.

S. A. R. desea que Vd. recomiende 1 Capitán, 1 Teniente y 1 Alférez del Regimiento bajo su mando, que voluntariamente deseen servir en este Cuerpo de Rifleros, con el objeto de que S. A. R. pueda *seleccionar*, entre estos oficiales recomendados por los regimientos que proveen su cuota en esta ocasión, un número suficiente de oficiales para el Cuerpo de Rifleros. Estos oficiales deben ser considerados como destacados en servicio de su respectivo regimiento y participarán en las promociones que ocurran en ellos durante su ausencia.

Se requerirán ocho tambores para actuar como cornetas y yo solicito se me comunique, para información de S. A. R., si Vds. tienen alguien en el Regimiento calificado para actuar como tal o con capacidad para ser entrenado fácilmente.

Tengo el honor, etc., etc., Henry Calvert, A. G.

Como se desprende de la Circular anterior, la intención de S. A. R. el Comandante en Jefe, era formar un «corp d'élite», y respecto a los oficiales, la selección era doble, debiendo tomarse sólo 8 de

cada grado, de un total de 14 recomendados por los jefes de regimiento o batallón.

El Destacamento así seleccionado se reunió en Horsham, en Sussex, en marzo de 1800, y su primera parada como «Cuerpo de Rifleros Experimentales» tuvo lugar allí, el 1.º de abril de dicho año. Su comandante era el teniente coronel Hon. William Stewart y su fuerza total establecida era de un teniente coronel, seis capitanes, 11 tenientes, ocho alféreces, 28 sargentos, 13 tambores y 448 de tropa. Marchó al Campo de Ejercicios de Swinley-Windsor Forest en mayo y se procedió activamente a su instrucción. En carta, fechada julio 15 de 1800, de Mr. W. H. Fremantle al Marqués de Buckingham, se los califica como «buenos y mucho más útiles que otros regimientos de este campamento». De inmediato marcharon a su primera acción real.

EL ATAQUE AL FERROL

Disuelto el Campamento de Ejercicios a fines de julio del año citado, a propuesta del Jefe del Cuerpo, teniente coronel Stewart, tres de sus compañías, las de los capitanes Travers, Hamilton y Gardner, recibieron orden de embarcar, bajo su mando, en la expedición preparada contra la Costa Norte de España, comandada por el teniente general Sir James Pulteney, Bart., transportados en la Fuerza Naval a las órdenes del Almirante Sir John Borlase Warren K. B.

La expedición arribó frente al Puerto del Ferrol el 25 de agosto, e inmediatamente comenzó el desembarco en una pequeña bahía próxima a cabo Prioriño. Se efectuó sin oposición aparente, pero, al ocupar las tropas la cadena de colonias próximas a la Bahía, el Cuerpo de Rifles, elegido para cubrir el avance, justamente al ganar la cima, cayó contra una partida a la que, finalmente, pudo hacer retroceder, pero no sin que su propio Jefe, el teniente coronel Stewart fuera peligrosamente herido en el cuerpo, al animar a los suyos en este primer enfrentamiento, que nos atreveríamos a denominar trabucos contra rayados, sin olvidar que son los hombres los que cuentan en última instancia.

Al aclarar del día siguiente, la posición fue atacada por un cuerpo considerable de tropas a las que, dada la fuerte posición ocupada por los ingleses, consiguieron rechazar con grandes pérdidas, manteniéndose en completa posesión de las alturas. Los Rifleros, en esta

segunda acción, tuvieron a los capitanes Travers y Hamilton, heridos, así como al teniente Edmonston (agregado al Cuerpo) y ocho hombres de tropa. A pesar de que, posteriormente, en la Cámara de los Lores, se dijo que un oficial de la plaza se hallaba en camino para ofrecer sus llaves al comandante inglés, en señal de rendición, Sir James que, en el terreno de los hechos (y no en la cómoda posición de una poltrona) podía estimar mejor las cosas, fue, sin embargo, de opinión que El Ferrol no podía ser tomado, ni mantenido el terreno ocupado, por lo que ordenó el reembarco de sus tropas. Esto, por otra parte, coincide con la versión española. Así, podemos leer en la *Historia General de España*, del P. Mariana-Chao, ed. 1853, tomo 111, pág. 24, lo siguiente: «Siempre puesta la mira en la destrucción de los arsenales extranjeros (El Reino Unido), envió la primera expedición contra El Ferrol, compuesta de diez navíos de línea, siete fragatas y otros buques menores con alguna, aunque poca, gente de desembarco. Esta falta, la prontitud con que acudieron las partidas del país en la defensa de aquel precioso Arsenal, y las enérgicas medidas del Conde de Donadío y el general de marina, obligaron al almirante inglés a recoger las fuerzas que había desembarcado en la playa de Doñinos, con bastante mengua de su número y de su honra».

Así terminó la primera experiencia de combate de los Rifleros. Veremos ahora, su actuación en las invasiones al Río de la Plata, algunos años después cabe observar que, desde el 25 de diciembre de 1802, el hasta entonces «Cuerpo de Rifles», recibió la denominación de Regimiento 95° (Rifles).

EL ATAQUE A MONTEVIDEO

Después de cumplir misiones en otros teatros de operaciones, el 13 de junio de 1806, tres compañías del 2.º batallón del 95° Rifles, las de los capitanes Macdonald, Elder y Dickenson, marcharon a Faversham y embarcaron en Portsmouth como parte de la fuerza comandada por Sir Samuel Auchmuty, destinada a prestar servicios en Sud América. El transporte en que las tropas fueron embarcadas, estaba en tan malas condiciones, que fueron obligadas a entrar en Río de Janeiro y hasta el 16 de enero de 1807 no se realizó el desembarco en Maldonado, cerca de la boca del Río de la Plata. Esta operación no pudo cumplirse sin oposición, en la cual el teniente Chawner fue herido



Soldado del Regimiento de «Patricios».—Invasiones Inglesas 1806-1807.—Del Album «Evolución Histórica de los Uniformes Militares Argentinos».—Ministerio del Ejército.—Buenos Aires.



Toma de Buenos Aires por los soldados y marines británicos el 27 de junio de 1806 (1.^a invasión). De un grabado de G. Thompson—1806.

y muerto un corneta. El general ordenó el avance y se ocuparon los suburbios de Montevideo con vistas a la embestida de la Plaza.

Según los partes ingleses, el enemigo (españoles y criollos) hizo una salida y atacó con una fuerza de 6.000 hombres, avanzando en dos columnas, una de las cuales presionó tan fuerte a sus piquetes, que el coronel Gore Brown del 40º, que comandaba el ala izquierda de la línea británica, ordenó avanzar tres compañías para soportarlos. Estas compañías cayeron sobre la columna de la Plaza y cargaron bravamente sobre ella, pero no fue menos brava la resistencia, produciéndose un gran número de bajas por ambas partes.

Auchmuty ordenó a los Rifleros y a un batallón ligero atacar a la columna por el flanco, lo que se efectuó en forma sorpresiva, consiguiéndose así vencer su resistencia, retirándose aquélla hacia la Plaza, con grandes pérdidas. El 95 tuvo, por su parte, cinco hombres muertos y 25 heridos.

Poco tiempo después la otra columna de Montevideo procedía también a retirarse hacia sus murallas. Habiéndose conseguido abrir una brecha, Auchmuty, resolvió asaltar la Plaza y una hora antes de la salida del sol, en la mañana del 3 de febrero lanzó su columna al ataque, encabezada por los Rifleros a las órdenes de Gardner.

El destacamento de choque lo llevaba el capitán Dickenson, a la cabeza de su propia compañía. Llegaron hasta cerca de las murallas sin ser descubiertos pero, de golpe, gracias al parecer, a los ladridos de una gran tropa de perros cimarrones que alertaron a los defensores, se abrió sobre ellos un fuego destructivo desde cada cañón que podía ser apuntado hacia la columna y de la mosquetería de la guarnición. El enemigo —dicen los ingleses— había apilado cueros en la brecha e infortunadamente (para ellos) en la oscuridad, este hecho no fue inmediatamente descubierto, y las tropas permanecieron bajo un violento fuego durante un cuarto de hora.

Al fin descubrió la brecha el capitán Renny, del 40º, que formaba parte de la columna de ataque y que cayó en el asalto. Los Rifleros, dirigidos por Dickenson montaron sobre ella y forzaron el paso hacia la ciudad, seguidos de las demás tropas y a pesar de lo que los cañones emplazados a la entrada de las principales calles abrieron fuego destructivo.

Por último, luego de vencerse una dura resistencia, la Plaza fue tomada y ocupada. En la acción los Rifleros perdieron a su valiente capitán Dickenson, quien cayó gloriosamente al frente de su compañía,

junto con 10 hombres de tropa, siendo heridos los tenientes Scanlan, Macnamara, cuatro sargentos y 15 hombres de tropa. A los hombres de este Cuerpo que actuaron en la operación se les agradecieron, especialmente, sus servicios en la Orden General, y 11 sargentos recibieron medallas de plata por disposición del Duque de York, Comandante en Jefe, por la valentía demostrada. Todo ello pone en evidencia la relevancia de este Cuerpo seleccionado, pero más aún la de los soldados españoles y criollos, en su mayoría milicianos, que le dieron tanta oportunidad para demostrar su capacidad en combate. Muy poco después, serían vengados de su derrota eventual y gloriosa (1).

LA CAMPAÑA DE BUENOS AIRES

Las tres compañías a las órdenes de Gardner quedaron en el Río de la Plata, hasta que se les incorporó un grupo del 1.^{er} Batallón. Esta fuerza, consistente en cinco compañías (las de Norcott, O'Hare, Jekinson, Ramage y Bennett) bajo el mando de los mayores M'Leod y Travers, sumaba 25 sargentos y 370 hombres de tropa; marchó de Faversham el 23 de julio de 1806 y embarcó en Gravesand el 26, a bordo del transporte armado «Chapman». Su viaje fue lento. Salió el 27, permaneció al ancla en los Downs, desde el 30 hasta el 4 de agosto, llegando a Plymouth Sound el 23; fue desembarcada el 2 de septiembre y acampó en Buckland Down hasta el 13, cuando fue reembarcada, siendo las compañías de Norcott y Bennett situadas a bordo del transporte «Alexander». Este no salió, sin embargo, hasta el 6 de octubre, llegando solamente hasta Falmouth; el otro buque con el Estado Mayor lo había precedido el 28 de septiembre.

El 24 de octubre, el Brigadier General Robert Craufurd (bajo cuyo comando los Rifleros habían prestado largos y gloriosos servi-

(1) En la descripción de detalle de la actuación del 75^o de Rifles en esta emergencia, nos hemos basado, fundamentalmente, en una versión inglesa dedicada a historiar, precisamente, los hechos de este Cuerpo, quedando, por tanto, velada la acción del resto de las tropas que, por otra parte, es bien conocida en su conjunto.

El número de defensores que se hace figurar (6.000), quizá para dar más valor a la actuación del Ejército inglés es, evidentemente exagerado. Las tropas, en su mayoría bisoñas, que hicieron una salida el 20 de enero, no pasaban de 2.600 hombres. (Ver FLAVIO GARCÍA, *Papeles de las Invasiones Británicas*. «Bol. Histórico del Estado Mayor General del Ejército», núms. 108-111. Montevideo, 1966; BERNARDO N. RODRÍGUEZ FARIÑA, *Un aporte rioplatense en la Guerra de la Independencia Española —El Batallón Buenos Aires y los Ejércitos Gallegos—*. «Revista de Historia Militar», núm. 13, Madrid, 1963 y otros.

cios en otros teatros) llegó a Falmouth y tomó el mando de las tropas reunidas en ese punto para la llamada «remota Expedición».

El 12 de noviembre se dio a la vela y llegó a la Bahía de Puerto Praya, en la Isla de Santiago (Cabo Verde) el 14 de diciembre. En dicho puerto, Craufurd, que se distinguió siempre por su celo en el servicio y su amor a la disciplina, inspeccionó minuciosamente las tropas que formaban la expedición, a bordo de los diversos transportes.

Las compañías del 95° fueron desembarcadas frecuentemente, durante su estancia en esta isla, con el objeto de efectuar ejercicios. Salieron de Santiago el 11 de enero de 1807 y anclaron en Simon's Bay, en el Cabo de Buena Esperanza, el 14 de marzo, y en la Bahía de la Mesa (Table's Bay) el 20.

En este último lugar, el general Graufurd, recibió instrucciones para proseguir, no hacia las Costas de Chile, a las cuales estaba destinada originalmente la expedición, sino hacia el Río de la Plata, para unirse a las fuerzas a las órdenes de Sir Samuel Auchmuty. Las tropas, por tanto, salieron el 6 de abril y fondearon en el Río de la Plata el 27. No fueron, sin embargo, desembarcadas de inmediato. El 4 de junio un furioso temporal arrojó los buques hacia fuera y recién alcanzaron Montevideo el 14. Habiéndose completado los preparativos relacionados con el servicio para el cual estaba destinada, la expedición, incluyendo las tropas que mandaban Craufurd y las que ya estaban en Montevideo a las órdenes de Sir Samuel Auchmuty, zarpó el 17 de junio. El general Whitelocke había designado para el comando del total de la fuerza, designación que resultó muy poco afortunada para los ingleses, como pudo probarse muy pronto. Asumió su comando en Montevideo y llegó con sus fuerzas a la ensenada de Barragán el 27, a unas treinta millas al este de Buenos Aires, efectuándose el desembarco el 28 a las nueve de la mañana. A esta altura de los hechos, las cinco compañías del 1.º batallón del 95 de Rifles, llevaban once meses a bordo de los buques. Según el parte inglés, después de algunas fatigosas marchas a través del campo, muy intersectado por pantanos y riachos barrocos, el ejército llegó a La Reducción, una pequeña villa, distante nueve millas del puente sobre el Riachuelo, en cuya opuesta orilla el «enemigo» había construido una formidable línea de defensa. El general decidió cruzar el río más arriba, bordeando así esta posición. En la tarde del 2 de julio, la división ligera de la columna Gower cruzó el vado de Paso Chico,

llegando el agua del Riachuelo hasta la cintura de los rifleros, que llevaban su equipo sobre sus hombros. Cargaron rápidamente y consiguieron superar a las tropas, en su mayoría bisonías, que se les oponían, tomándole 12 cañones. Estas últimas se batieron con firmeza, sufriendo, por tanto, graves pérdidas. Los rifleros, que se empeñaron a fondo, tuvieron a su vez unas 26 bajas, entre muertos y heridos.

La columna de la izquierda con el comandante de las fuerzas, se unió a la mandada por el mayor general Gower, en los suburbios de Buenos Aires en la tarde del 3 de julio y el total del ejército se situó en posición. Dos compañías del 1.^{er} batallón del 95.^o a las órdenes del mayor Narcott, fueron destacadas de inmediato para ocupar un puesto avanzado y se empeñaron con gran fuerza hasta el oscurecer, consiguiendo finalmente desolajar a las fuerzas que se les oponían, en todos los puntos del frente que se les había ordenado ocupar. En la mañana del 4, este destacamento tuvo que aguantar varios ataques de los defensores de la ciudad que querían recuperar las posiciones que se habían visto obligados a abandonar. Estos asaltos, que duraron hasta el oscurecer, hicieron perder a los rifleros a dos oficiales (tenientes James Coane y Charles Noble) gravemente heridos, un sargento y uno de tropa muertos y dos sargentos y dos de tropa heridos, debiendo estar dos compañías ser relevadas, por la noche, por un destacamento del 36.^o, retirándose hacia las posiciones ocupadas por el grueso del Ejército.

Al comenzar la noche se recibieron órdenes de atacar la ciudad al amanecer del día 5. Las compañías del 1.^{er} batallón, formaban parte de la columna de ataque a las órdenes del brigadier general Craufurd y teniente coronel Park, dejando una compañía como guardia avanzada en cada división, apoyadas por una compañía ligera. El mayor Travers mandaba la avanzada de la columna de la derecha y el mayor Norcott, la de la izquierda.

Las compañías del 2.^o batallón, parecen haber sido adscritas a la división de Sir Samuel Auchmuty, cuyo batallón ligero fue dividido en alas, cada una de las cuales era seguida por una parte del 95.^o.

Estas tropas, en un absurdo intento de acción psicológica, llevaban sus armas descargadas y se las instruyó en el sentido de no hacer fuego hasta que las columnas hubiesen llegado a su punto final de destino (2), suponiendo así que la población civil de la

(2) Cabe observar que, en la Sentencia dictada contra Whitelocke por la Corte Marcial, el 24 de marzo de 1808, fue absuelto del cargo que por esto se le había

ciudad se echaría en sus brazos, aclamándolos como los libertadores de la opresión hispana (3).

A la señal dispuesta, las tropas se pusieron en movimiento. La columna de la derecha se dirigió hacia la línea de calles que se le hacia la izquierda con vistas a encaminarse al convento de Franchacia la izquierda con vistas a encaminarse al Convento de Franciscanos para ocuparlo, fue atacada desde los parapetos y ventanas de cada casa, a lo largo de toda la calle, de manera tan vigorosa, que hacía imposible el penetrar más adelante sin la posible pérdida de todos los oficiales y soldados. Se dieron órdenes inmediatas de retirada y el general Craufurd tomó posiciones en el gran convento de Santo Domingo, ocupando todas las casas en que le fue posible penetrar, en cuyas chatas azoteas formó sus tropas. Se hicieron todos los esfuerzos posibles, según los ingleses, para atacar al enemigo desde todas las partes del convento, pero sin éxito, pues aquellos puntos que sus hombres podían utilizar eran, en su mayoría, dominadas por las casas de la vecindad, que los rifleros no habían podido ocupar y desde las cuales sufrían un fuego tremendo. Con

formulado, siendo el único en el que tuvo tal beneficio, dejando la Corte expresa constancia de que tenía especial interés (o estaba ansiosa) de que fuera bien entendido que no emitía censuras contra las precauciones tomadas para evitar innecesario fuego, durante el avance de las tropas hacia los puntos de ataque previstos y que, por lo tanto, liberaba al teniente general Whitelocke de esa parte (la 2.ª) del citado cargo, el que se relaciona con la orden de que las columnas deben ir con las armas descargadas no permitiendo disparar bajo ningún concepto. (Ver *Trial of Lieutenant General John Whitelocke, Commander in Chief of the Expedition against Buenos Ayres*, London, 1808, y BERNARDO N. RODRÍGUEZ FARIÑA, *Las Invasiones Inglesas a Buenos Aires. Su crítica ulterior*. «Revista de Historia Militar». Madrid, 1965.

(3) El editor inglés de las *Memorias del Teniente Samuel Walters* (R. N.), C. Northcote Parkinson, dice, en un comentario propio a dichas Memorias: «El éxito de la expedición al Río de la Plata se basaba en la actitud de los colonos sudamericanos. Se los creía a punto de rebelarse activamente. Esto era perfectamente cierto. Ellos lo hicieron más tarde, en 1809. Pero la influencia actuante fue la de la Revolución Francesa, combinada con el ejemplo de los Estados Unidos, y los colonos no estaban dispuestos a cambiar el Gobierno de España por el igualmente remoto (y mucho más extraño) de Inglaterra». Agregando: «Lo que los resentía (a los sudamericanos), era la interferencia extranjera en una querrela de familia española, acoplada a la probabilidad de una anexión por Inglaterra». Ver, BERNARDO N. RODRÍGUEZ, *Invasiones Inglesas. Las Memorias del Teniente Samuel Walters* (R. N.). «Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades», núm. 8, Buenos Aires, 1960.)

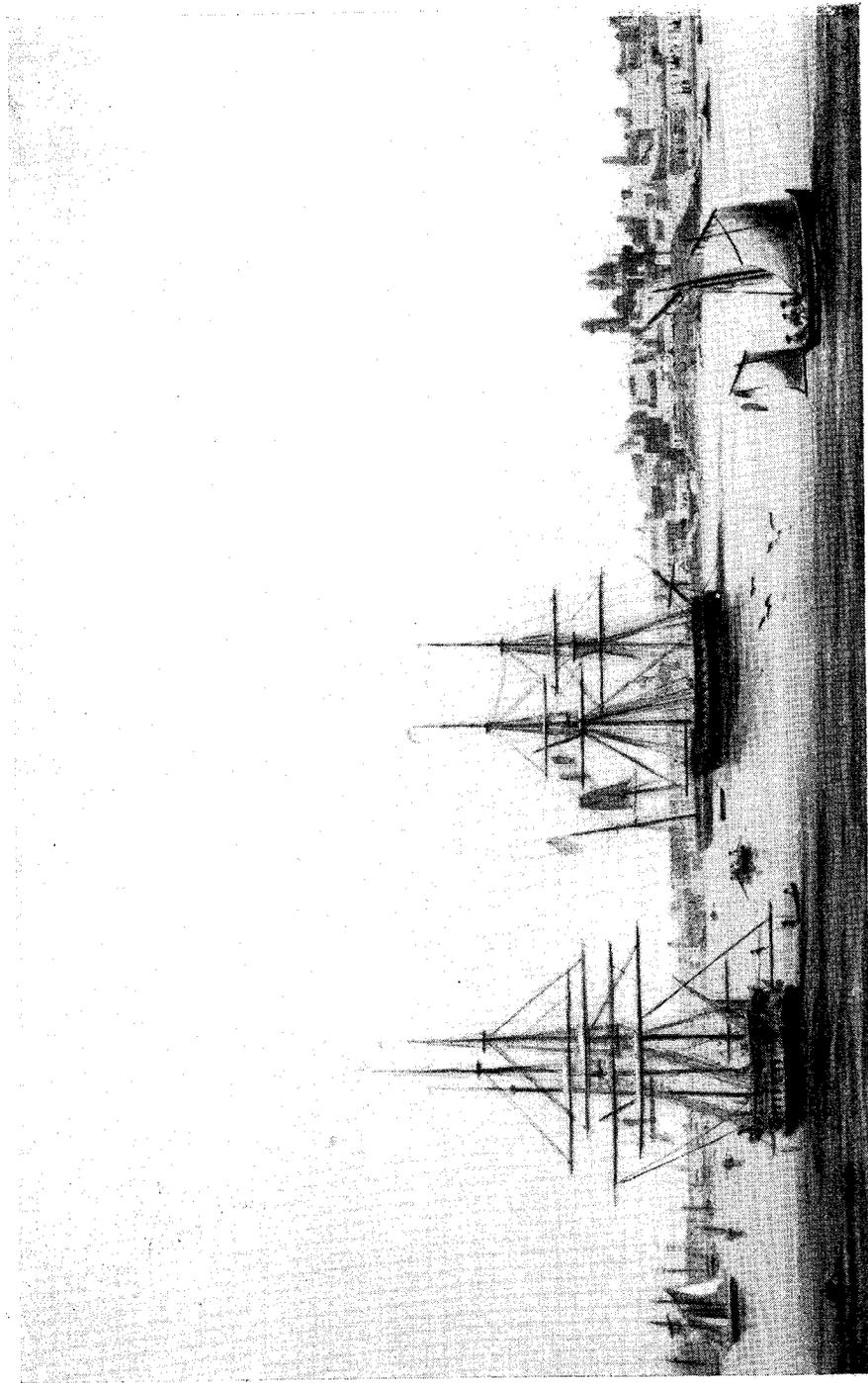
exvepción de las operaciones de la fuerza a las órdenes de Sir Samuel Auchmuty y del Regimiento 45º, fallaron todos los puntos de ataque.

La captura del regimiento 88º, junto con la brigada ligera de los coroneles Pack y Cadogan y la inmensa pérdida en muertos y heridos, proveyó a los defensores de la ciudad de poderosos medios de ataque con posibilidades de éxito, y así a las tres de la tarde habían conseguido desalojar a las fuerzas de Craufurd de todas las casas que habían ocupado, confinando las operaciones de aquél a uno o dos puntos del convento. Se hicieron todos los esfuerzos para conservar ese puesto, pero encontrándose dichas tropas privadas de todo medio de socorro, sin perspectivas de éxito en mantenerlo, teniendo además la certidumbre de la suerte corrida por las columnas vecinas y se estimó que toda resistencia ulterior sería inútil. El brigadier Craufurd se rindió con su columna a las cuatro de la tarde y los oficiales y soldados marcharon inmediatamente prisioneros hacia el Fuerte y otros edificios. Uno de los jefes de los Rifleros, el Mayor M'Leod, en la consulta que hizo Craufurd a los jefes, en el convento, previa a la rendición, fue el único que desechó la idea de la necesidad de llegar a tal extremo. Pero cuando Craufurd ofreció, si M'Leod era decididamente de opinión de que podría forzarse la salida, encabezar la columna con él, M'Leod declinó tal responsabilidad.

La columna de la izquierda se movió directamente hasta que llegó a la vista del río. Apenas se habían aproximado al convento de San Francisco cuando, bajo un fuego proveniente de un no determinado origen, perdió casi la mitad de sus oficiales y hombres. Encontrando imposible el penetrar hacia el objetivo de su ataque, el teniente coronel Pack accedió a que el teniente coronel Cadogan tomara posesión de algunas casas. Se efectuó esto y fueron defendidas luego hasta el último extremo por aquel oficial y el mayor Travers, pero, finalmente, se vieron obligados a rendirse, habiendo sufrido muy severas pérdidas en muertos y heridos, que hacían considerar toda «chance» de resistencia ulterior, como inútil, ya que, por otra parte, la columna situada a su izquierda había sido ya capturada. Nada pudo exceder a valor perseverante, según la versión inglesa, de cada uno de los oficiales y tropa del regimiento de Rifleros empeñado en el infortunado encuentro de ese día. Esto último, habla muy alto del valor y decisión demostrados.



Uniformes de Oficial y soldado del Cuerpo de Rifles (Rifle Corp) en 1800.—De una litografía del libro «The History of the Rifle Brigade», Londres, 1877.



Montevideo. — Vista general tomada desde la rada. De una litografía de D'Hastrel de 1842 (de la colección del autor).

por los defensores de la ciudad, cuyos ideales no eran, precisamente, como pensaban erróneamente muchos ingleses, el simple cambio de dependencia política y ante quienes se rindieron dos mayores, cinco capitanes, 19 oficiales subalternos, tres sargentos mayores, 24 sargentos, 12 cornetas y 495 hombres de este cuerpo seleccionado, incluidos los heridos. Las pérdidas de las cinco compañías del 1.º Batallón fueron: el capitán Jenkinson, dos sargentos, dos cornetas y 36 hombres de tropa muertos, y el capitán O'Hare, los tenientes Cadoux, Macleod, y Turner, heridos gravemente, muriendo el último, posteriormente, a consecuencia de sus heridas. Los mayores Travers y M/Leod y el teniente M'Culloch' sufrieron heridas leves, y ocho sargentos, 2 cornetas y 73 hombres de tropa fueron heridos, desapareciendo dos sargentos, dos cornetas y 39 hombres de tropa. De las tres compañías del 2.º batallón, las pérdidas fueron: tres sargentos, un corneta y 46 hombres de tropa muertos y los tenientes Hill y Scot, 6 sargentos y 40 hombres de tropa heridos. A pesar de la valentía demostrada por los hombres del 95º y la calidad de sus armas, el enfrentamiento había resultado para ellos tremendamente adverso.

Como consecuencia del tratado que se concluyó el día 7, los prisioneros fueron liberados en la mañana del 8 de julio y se incorporaron a los diferentes puestos ocupados por el ejército. Terminados los arreglos pertinentes, las tropas se embarcaron en la Fuerza Naval Inglesa el 12, haciéndose a la vela el 13 y arribando a Montevideo el 15, plaza que también ulteriormente debieron abandonar de acuerdo con los términos de la capitulación. En el momento del triunfo los hombres de Buenos Aires, no podían olvidar a la ciudad hermana de la otra orilla del Plata, ocupada por los británicos, e hicieron que su valor y sus esfuerzos valieran también para ella, que tan gloriosamente se había defendido, aunque sin suerte. Poco le valió, por tanto, aquel eventual triunfo a los captores y menos a su general que, al ser juzgado por su derrota en el Plata, tuvo que responder por el abandono de Montevideo. (Ver capítulo de cargos en *Las invasiones inglesas a Buenos Aires: Su crítica ulterior*», publicado en el número 18 de esta Revista de HISTORIA MILITAR. Madrid, 1965).

LA CAMPAÑA DE LA PENÍNSULA

Los avatares del Destino llegaron a los Rifleros y a sus antiguos adversarios españoles y criollos, a luchar unidos contra Napoleón. Así es curioso observar en los honores grabados en el escudo del Regimiento 95° (posteriormente denominado «Rifle Brigade», cuya imagen sirve de «cul de lampe» a este trabajo, nombres como en Montevideo, al que se unen los de Ciudad Rodrigo, Busaco, Salamanca, Fuentes de Oñoro, Badajoz, etc., coronados por uno en tipo mayor, Waterloo, donde se enterraron las ambiciones del Gran Corso.

Durante dicha campaña el 95° de Rifles se distinguió y sirvió de ejemplo, como correspondería a un cuerpo de selección. Así podemos leer en el libro de Glover, al referirse al espíritu del Ejército del Reino Unido, párrafos como el siguiente: «El nuevo espíritu se había, por supuesto, difundido por todo el Ejército en 1808, pero los regimientos que Moore (teniente general Sir John) había adocinado, el 43°, el 52° y el 95° (4) Rifles, proveyeron la levadura para el resto de las fuerzas». En ellos —escribió el propio Moore— es evidente que no sólo los oficiales, sino cada uno de los individuos de tropa conocen perfectamente lo que tienen que hacer; la disciplina es llevada sin severidad, los oficiales están unidos a sus hombres y éstos a sus oficiales.

El destino quiso, como hechos dicho, que ese nuevo espíritu se ejercitara en acción conjunta con aquellos que habían sido sus enemigos y eventualmente los habían derrotado, haciendo así que no pudiera haber nuevas confrontaciones sino, en todo caso, emula-

(4) En el prefacio de la obra *The History of the Rifle Brigade* de Sir WILLIAM H. C. COPE BART, editada en Londres en 1877, que nos ha servido de base fundamental para estudiar en detalle la actuación del 95° de Rifles, se hace una alusión directa a estos otros regimientos, el 43° y 52°, distinguidos cuerpos que fueron los más antiguos y frecuentes compañeros de las hazañas del 95°.

Según las crónicas inglesas, al tiempo de la batalla de Alameda, se incorporaron a este Regimiento alrededor de 200 reclutas españoles que se dividieron a razón de unos 10 ó 12 por compañía. En la misma se expresa: «que fueron excelentes rifleros y que se distinguieron por su bravura que, a menudo, degeneraba en ferocidad, impulsados por una sed de venganza ante las injurias que sus familiares habían sufrido de los franceses. Algunos de ellos fueron ascendidos a cabos, siendo desincorporados, de acuerdo a los términos de su enrolamiento, cuando el regimiento pasó la frontera española en 1813».

ciones en el servicio que todos cumplían para con sus países respectivos.

Al recordar estas actuaciones del 95º de Rifles, honramos sin duda su memoria, que enaltece la de aquellos españoles y criollos que supieron vencerlos y que luego combatieron juntos con ellos en la lucha por la Libertad.

ANEXO.—EL ARMAMENTO DEL REGIMIENTO 95º DE RIFLES

A la presentación del informe de los coroneles Maningham y Stewart, se reunió un comité de oficiales generales en Worlswich, el 1 de febrero de 1800, con el objeto de seleccionar el «rifle» a ser destinado al Rifle Corp. Los principales fabricantes de armas de Inglaterra fueron invitados a concurrir, y se probaron las producidas en Norteamérica, Francia, Alemania, España y Holanda. Este comité se inclinó en favor de una fabricada por Ezequiel Baker, armero de Londres, la cual fue adoptada por el Cuerpo de Rifleros y se la denominó «Baker Rifle». Dicha arma tenía una longitud de cañón de 2 pies y 6 pulgadas, con siete rayas, con un paso de 1/4 de vuelta. Las balas eran del calibre de 20 por onza y el peso del arma era de 9 1/2 libras. Su mira estaba preparada para 100 yardas y por elevación alcanzaba 200 yardas. Se cargaba con cierta dificultad, y al comienzo, se proveyó a los rifleros unos pequeños malletes de madera para ayudar a atacar la bala. Su uso, sin embargo, fue encontrado inconveniente, constituyendo un estorbo para los soldados, por lo que se suprimieron. Los Rifleros llevaban, originalmente, un cuerno para pólvora además de la cartuchera. El «Rifle» Baker venía provisto de una caja de bronce que contenía trapo engrasado, para envolver la bala. (Se ve, junto con el cuerno, en la lámina que acompaña a este trabajo) (5). Las Instrucciones

(5) Una primera objeción al uso de ánimas rayadas en las armas a cargar por la boca, era la de que el espacio entre la bala y las paredes del ánima, cuando aquélla era de diámetro igual a la distancia entre campos del rayado, permitía el escape de los gases de la pólvora con la correspondiente pérdida de poder. Los fabricantes ingleses llamaban a este escape «windage». Si la bala de plomo era de diámetro suficiente como para cubrir todo el espacio de las rayas, tenía que ser forzada dentro del ánima del arma, empujándola por medio de un atacador de hierro y un mallette. Como la bala era de material blando, se deformaba y producía al ser disparada, un vuelo irregular. Estas fueron las causas que, prácticamente, retardaron el empleo de las armas rayadas por más de dos siglos a partir del siglo XVI. La solución fue

de 1803, ya no mencionan los malletes que, probablemente, ya no se usaban pero, en cambio, mencionan la medida de pólvora y la bala perdida, en el uso del cuerno de pólvora para cargar. Un pincho para aclarar el oído y un cepillo, también eran llevados por los Rifleros, suspendidos del cinturón por una cadena de bronce.

Ezequiel Baker, el inventor del «Rifle», publicó en 1803 un libro titulado *Veinte años de práctica con fusiles rayados*, cuya décima edición (1829) llegó a tener 238 páginas en lugar de las ocho originales. Se muestran en ellas curiosas ilustraciones iluminadas, con diferentes posiciones de tiro, entre la que se encuentra la de cuerpo a tierra, cara arriba. Da diagramas mostrando que de 34 tiros a 100 yardas con este «rifle», 32 penetraban en una figura piniada en un blanco de seis pulgadas, y que de 24 tiros a 200 yardas, 22 penetraban en la figura de un soldado, pero no menciona si los disparos se hacían con sólo el apoyo en el hombro o sobre trípode. Al «rifle» se le adaptaba, por medio de un resorte, una bayoneta triangular de 17 pulgadas de largo de hoja.

Cuando se formó el Cuerpo, se le proveyeron, al comienzo, unos pocos «rifles» del mismo calibre que el mosquete en uso, o sea, de 14 balas por onza, pensando que sería una ventaja que los rifleros pudieran usar la misma munición que los soldados de línea, pero esto fue muy objetado por el coronel Maninghan y sus oficiales y casi de inmediato el arma fue puesta fuera de uso. El «Baker», con ligeras modificaciones, continuó en servicio hasta 1837 o 38, es decir, hasta después de las Guerras Napoleónicas, en que se lo sustituyó por el Brunswick. El arma tenía, sin duda, sus dificultades para cargar y aun un experimentado riflero, no tardaba menos de treinta segundos en hacerlo y disparar su arma. Esto fue considerado una desventaja tal que Napoleón, en 1807, ordenó retirar todos los «rifles» de su ejército. Los ingleses, en cambio, consideraron que esto puso siempre en desventaja a los franceses en las escaramuzas producidas durante la Guerra de la Península. En dicha guerra, el Ejército aliado contra Napoleón contó con unos 3.000 a 4.000 rifles, llevados por el 5º batallón del 60º regimiento de infantería, nuestro conocido 95º de Rifles, ambos del ejército inglés, así como por una cierta proporción de la tropa de los dos batallones ligeros de la

la de envolver a la bala en un trapo o papel engrasado. Esta lubricación permitía introducir fácilmente la bala por medio de un mallette de madera sin que se produjeran deformaciones notables; además, la envuelta ayudaba a prevenir el escape de gases.

King's German Legion y de los Cazadores Portugueses. En dicha guerra tuvieron también los ingleses a su favor, el empleo de los «schrappnels», tipo de granada de balines recién inventada, así como el de los cohetes explosivos desarrollados por Sir Willian Congreve, que también fueron empleados por Cochrane en el Callao y posteriormente, en aguas del Río Paraná, por los buques de la Fuerza Naval Inglesa que operaba contra el Dictador Rosas, con el objeto de batir las baterías emplazadas en las altas barrancas inalcanzables por los cañones de a bordo.



BIBLIOGRAFÍA

- SIR WILLIAM H. COPE BART: *The History of the Rifle Brigade (The Prince Consort own) formerly the 95^o*. London, 1877. Base fundamental para la actuación en detalle del Reg. 95.^o.
- HANK WIEAND BOWMAN: *Antique Guns*. New York, 1953.
- MICHAEL CLOVER: *Wellington's Peninsular Victories*. London, 1965.
- ANÓNIMO: *Trial of Lieutenant General John Whitelocke, Commander in Chief of the expedition against Buenos Aires, etc.* London, 1808.
- MARIANA-CHAO: *Historia General de España*. Madrid, 1953.
- FLAVIO A. GARCÍA: *Papeles de las invasiones británicas*, «Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército», núms. 108-111. Montevideo, 1966.
- BERNARDO N. RODRÍGUEZ FARIÑA: *Las invasiones inglesas a Buenos Aires. Su crítica ulterior*, «Revista de Historia Militar», número 18. Madrid, 1965.
- — — *Invasiones inglesas. Las Memorias del teniente Samuel Walters (R. N.)*. «Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades», núm. 18. Buenos Aires, 1960.
- — — *Un aporte rioplatense en la Guerra de la Independencia Española. El Batallón Buenos Aires y los Ejércitos Gallegos*, «Revista de Historia Militar», núm. 13. Madrid, 1965.